

LA PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

CAMALDOLI, 30 JUNIO 2001

FR. TIMOTHY RADCLIFFE, O.P.

“Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?”

Ama a tu prójimo como a ti mismo. Es sencillo. Pero el doctor de la ley no queda satisfecho. Quiere una respuesta clara, y probablemente compleja. ¡Los hombres de leyes no tendrían nada que hacer si las respuestas fuesen demasiado sencillas! Quiere saber exactamente cuáles son sus obligaciones. Los judíos reflexionaron mucho sobre quién era el prójimo. Literalmente la palabra significa “alguien que está cerca de mí”. Cuanto más cercano esté, más obligaciones tengo para con él. Algunas personas están tan alejadas de mí que en modo alguno pueden considerarse prójimos, y por tanto no tengo ninguna obligación para con ellas. Esto se aplicaba sobre todo a aquellos herejes, los samaritanos.

Para nosotros sigue siendo una pregunta en la Europa de hoy. ¿Quiénes son nuestros prójimos? ¿Nuestras familias? Sí, ¡sobre todo en Italia! ¿Las personas que viven cerca de nosotros? En los pueblos es posible que sí, pero no en las grandes ciudades donde a veces no sabemos siquiera el nombre de los vecinos del piso. ¿La gente de otros países de la Comunidad Europea? ¿Son los ingleses prójimos de los italianos? Sí, cuando se trata del Primer Ministro, ¡pero quizá no cuando son hinchas de un equipo de fútbol! ¿A qué estamos obligados hacia ellos? ¿Y qué obligaciones tenemos para con los inmigrantes que están llegando a Europa todos los días por nuestras fronteras, de Europa del Este, de Asia y de África, América? ¿Qué decir de los inmigrantes ilegales, que huyen de la pobreza y en ocasiones de la opresión política? ¿Son también ellos nuestros prójimos? Como el doctor de la ley, queremos respuestas claras. Queremos saber qué debemos hacer.

Pero Jesús no da una respuesta clara. Se limita a narrar una historia:

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...”

Las parábolas no son ilustraciones de una tesis. Son hechos profundos que nos transforman. Cambian de arriba abajo nuestra vida. Un rabino judío contaba la siguiente historia acerca de su abuelo, que fue

alumno del famoso rabino Baal Shem Tov. Decía: “Mi abuelo estaba paralítico. En una ocasión le pidieron que contase algo de su maestro, y narró que el santo Baal Shem Tov tenía la costumbre de saltar y bailar cuando rezaba. Mi abuelo se puso de pie mientras lo contaba, y se entusiasmó tanto que tuvo que ponerse a saltar y bailar para mostrar a todos cómo hacía su maestro. Desde aquel momento se curó. ¡Así es como deben contarse las historias!” 1.

Las parábolas de Jesús deben apasionarnos y entusiasmarnos. Cuando nos metemos dentro de las parábolas, nos transforman. Normalmente las parábolas de Jesús cumplieron este fin conmocionando a los oyentes. Normalmente, no siempre. La Señora Thacher, por ejemplo, creía que la parábola del Buen Samaritano era una confirmación de su liderazgo. Es decir, el samaritano no habría podido asistir al hombre herido si no hubiera tenido bastante dinero. ¡El samaritano representa la asistencia sanitaria privatizada! El problema es que las conocemos de memoria y con frecuencia no nos sorprenden. Es como escuchar un chiste sabiendo ya cómo va a acabar. Debemos descubrir de nuevo el sentido de la sorpresa. La parábola del Buen Samaritano fue un escándalo para los que la oyeron por primera vez. Necesitamos descubrir de nuevo la capacidad de asombro de un principio.

Durante la revolución de Nicaragua, un dominico estadounidense ayudó a un grupo de jóvenes nicaragüenses a representar la parábola del Buen Samaritano durante la Misa. Los jóvenes interpretaron a un joven nicaragüense golpeado y abandonado medio muerto junto al camino. Un fraile dominico pasó por allí y no hizo caso. También un ministro de la palabra pasó de largo. Luego pasó uno de sus enemigos, un “contra”, vestido de militar. Se detuvo, le colocó un rosario alrededor del cuello, le dio agua y lo llevó al pueblo cercano. En ese momento, la mitad de la asamblea empezó a gritar y a protestar. Era inaceptable que un ‘contra’ pudiera comportarse así. “Son gente horrible, no tenemos nada que ver con ellos”. La Misa terminó en un caos. Después la gente comenzó a discutir el sentido de la parábola. Como habían quedado impresionados, llegaron a comprenderlo con más profundidad. Acordaron no referirse en adelante a los otros como “los contra”, sino “nuestros primos de Honduras”, o “nuestros primos equivocados”. Repitieron el rito inicial del acto penitencial, se intercambiaron el beso de paz y continuaron la celebración de la Eucaristía. Una convulsión así debería producir en nosotros esta historia.

Obviamente, lo primero que llama la atención es que sea este hombre impuro, este hereje, el samaritano, el que ofrece ayuda y no el sacerdote o el levita. Pero, en mi opinión, la parábola ofrece una provocación mucho

más profunda. Una provocación a nuestra idea de qué significa para nosotros el ser humano, y de quién es Dios.

La historia narra el viaje de Jerusalén a Jericó. Yo he hecho a pie ese recorrido, por el Wadi Qelt. Son unos 25 kilómetros, a través de una región de desierto rocoso. Hacía tanto calor que uno de mis acompañantes se puso mal de la cabeza. Os advierto que era un dominico, ¡por tanto no fue una cosa muy extraordinaria! Pero la historia se refiere a un viaje más profundo. La palabra que Lucas usa para “viaje” es la misma palabra (hodos) que usa para la fe cristiana, “el camino”. La parábola es un viaje que transforma nuestra comprensión de Dios y de la humanidad.

“¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del hombre que cayó en poder de los ladrones?”

El doctor de la ley pregunta: “¿Quién es mi prójimo?”. Al final de la historia Jesús plantea una pregunta distinta: “¿Cuál de los tres se comportó como prójimo del hombre que cayó en manos de los ladrones?” En la pregunta del doctor de la ley él se pone en el centro. ¿Quién es su prójimo? Pero la parábola cambia la pregunta: ahora quien está en el centro es el hombre herido. ¿Quién fue prójimo para él?

Este es el viaje más radical que todo ser humano tiene que hacer, la liberación del egoísmo. Comenzamos este viaje de recién nacidos. El bebé es el centro de su propio mundo. Crecer es descubrir poco a poco que existen otras personas y que no existen sólo para hacer su voluntad. Detrás del seno hay una madre. Uno llega a ser plenamente humano cuando aprende a ceder el centro a los demás.

Para cada uno de nosotros el reto más grande de nuestras vidas es dejar de ser el centro del universo. Es esta una verdad que conozco intelectualmente, pero muy difícil de alcanzar. Creo que es particularmente difícil en la sociedad contemporánea. La modernidad ha consagrado la imagen del ser humano como esencialmente solitario, desgajado de los otros, libre de deberes, sin compromiso. Este es el ego de la sociedad de consumo. Quizás en Italia habéis conservado una visión más antigua y tradicional del ser humano, gracias a Dios. Pero por todas partes en la aldea global podemos ver los signos del triunfo de la “generación del Yo”, de la tiranía del ego. ¿Cómo podemos aprender a caminar, dejando el centro a los otros?

Un samaritano, que iba de camino, se acercó adonde estaba (el herido) y, al verlo, se movió a compasión.

La palabra que traducimos por “tener compasión” es una de las más importantes del Nuevo Testamento. Significa ser tocado en lo más profundo, en las entrañas mismas del ser. Es la convulsión que supone la conciencia de que existe el otro.

Se hizo un experimento en Nueva York. Se pidió a un grupo de seminaristas que preparasen una homilía sobre la parábola del Buen Samaritano, como parte de su aprendizaje para predicar. Prepararon los textos en un edificio, bajaron y tuvieron que caminar por la calle hasta un estudio, donde se grababa en vídeo. En la calle un actor estaba representando a un hombre herido que yacía en el suelo cubierto de sangre, pidiendo ayuda. El 80 % pasaron junto a él y ni siquiera lo vieron. Estudiaron la parábola y prepararon hermosas palabras sobre ella, pero esto no impidió que pasaran junto al herido y lo ignoraran. ¿Cómo podemos abrirnos al otro?

La mayoría de los seres humanos experimentamos esta plena conciencia de la existencia del otro de forma muy dramática cuando nos enamoramos. Iris Murdoch, filósofo inglés, ha dicho que enamorarse es “para muchos la experiencia más extraordinaria y reveladora de sus vidas, porque de repente se desplaza de nosotros la creencia de ser el centro, y el ego soñador y fantasioso es golpeado por la conciencia de una realidad totalmente separada”². Cuando nos enamoramos, dejamos de ser, al menos de vez en cuando, el centro del universo, y dejamos que otro ocupe ese lugar. Dejamos de ser el sol para ser la luna.

Pero esto no responde realmente a nuestra pregunta. ¿No podemos enamorarnos de todos! ¿Y el samaritano no se enamoró del hombre herido! Por consiguiente, la pregunta es esta: ¿Cómo podemos dejarnos conmover por las personas que apenas conocemos? El samaritano se enterneció porque ve al hombre herido. El sacerdote y el levita también lo ven, pero no ven a una persona necesitada de ayuda, sino una posible fuente de impureza. Volveremos a hablar de ellos más tarde.

El primer reto es abrir los propios ojos para ver. Inmediatamente antes de la parábola del Buen Samaritano, Jesús se vuelve a los discípulos y les dice: “Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis” (10, 23). Cuando yo era estudiante en Oxford, decidimos abrir un albergue para los vagabundos. Las calles de Oxford estaban llenas de ellos, ya que los turistas son generosos. Acordamos que el primer paso debía ser organizar una inspección nocturna para ver cuántos vagabundos dormían en la calle. Seis grupos de estudiantes recorrieron todas los rincones de la ciudad. Nos juntamos a las cinco de la mañana, ¡y no encontramos ni un solo

vagabundo durmiendo a la intemperie! Seguramente estaban por allí en alguna parte, ¡pero no supimos mirar! ¡Eran invisibles a nuestros ojos!

Toda sociedad hace visibles a ciertas personas y a otras las hace desaparecer. En nuestra sociedad son muy visibles los políticos y estrellas de cine, cantantes y futbolistas. Aparecen en público, en los carteles publicitarios y en las pantallas de televisión. Pero los pobres no se ven. Desaparecen de las listas electorales. No tienen ni voz ni rostro. Y los inmigrantes ilegales no pueden permitirse que se les vea. Si no tienen los papeles en regla, deben pasar desapercibidos. Deben aprender el arte del camuflaje.

Cuando el Papa visitó la República Dominicana, el gobierno hizo construir un muro a lo largo del trayecto desde el aeropuerto al centro de la ciudad, para impedirle que viera las chabolas donde vivían los pobres. La gente lo llama “el muro de la vergüenza”. ¿Nos atrevemos a ver a nuestros pobres y ser conmovidos por ellos? ¿Cuáles son los muros de vergüenza que construimos en nuestra sociedad para ocultar a los pobres?

Y el samaritano “se acercó a él y vendó sus heridas, derramando aceite y vino; lo hizo montar en su propia cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al mesonero, y dijo: ‘Cuida de él; y lo que gastares de más, a la vuelta te lo pagaré’”.

No basta con dejarse conmover. Cuando voy al cine, me conmuevo mucho y lloro con facilidad. ¡Mis amigos se sienten incómodos al acompañarme al cine! Pero cuando termina la película, me voy a tomar una buena pizza y la olvido fácilmente. Todos nosotros sufrimos por la “fatiga de la compasión”. Vemos en las pantallas de nuestros televisores miles de imágenes de hombres heridos y moribundos, mujeres y niños tirados al borde de la carretera. ¿Cuál debe ser nuestra reacción ante ellas?

Mientras escribía estas líneas, en este preciso instante vino a verme un obispo dominico de Guatemala. Describió la pobreza de la gente, el sufrimiento causado por los huracanes y terremotos, la corrupción del gobierno y la persecución de la Iglesia. Me conmoví profundamente. Pero cuando marchó ¡seguí preparando mi reflexión sobre el Buen Samaritano! Es mucho más fácil escribir meditaciones sobre parábolas que vivirlas. Como decía (creo) Georges Bernard Shaw: “Los que pueden lo hacen; ¡los que no pueden, enseñan!”.

La compasión del samaritano trastoca sus planes. Había preparado el viaje con comida, bebida y dinero. Ahora todo eso es usado para un fin que no había imaginado. Dos denarios era una cantidad considerable de dinero, suficiente para pagar la pensión completa más de tres días. Además da lo

que todavía no tiene, el dinero que espera ganar en Jericó. Corre el riesgo de una promesa abierta, sin poner límites.

Cuando el doctor de la ley pregunta: “¿Quién es mi prójimo?”, quiere concretar sus obligaciones. Desea saber de antemano lo que debe hacer y lo que no está obligado a hacer. Pero la respuesta del samaritano le lleva a un terreno desconocido. No puede saber cuánto le pedirá el posadero. Hay un viejo chiste: “Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes”. La verdadera compasión altera nuestros planes y nos lleva por caminos inesperados. Si nos atrevemos a mirar a los pobres, a los heridos, a los extranjeros de nuestro alrededor, ¿quién sabe las consecuencias que nos acarrearán?

“¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del hombre que cayó en manos de los ladrones?” Él respondió: “El que hizo con él misericordia”. Y Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo”.

Ya hemos visto que el doctor de la ley hace una pregunta que le hace ser el centro, y Jesús replica con una pregunta que pone en el centro a la otra persona. Pero hay otro cambio. El doctor de la ley pregunta quién es su prójimo. El problema de base es que ya tenemos prójimos, pero queremos definir quiénes son. Pero Jesús responde preguntando quién llegó a ser prójimo del hombre herido. El samaritano hace de sí mismo un prójimo para aquel hombre. Crea una relación que antes no existía.

Europa está angustiada estos días por el miedo al otro. Parece que los grupos neo-nazis están creciendo en Alemania. En Inglaterra ha habido recientemente disturbios raciales en las ciudades septentrionales de Oldham y Leeds. Europa se siente amenazada por los extranjeros. Dentro de toda sociedad hay miedo de los que son diferentes, que tienen religiones diferentes, diferente color de la piel, que visten de forma diferente, que hablan en lenguas diferentes. La invitación de la parábola es a hacerlos prójimos. Helder Camara, el arzobispo de Recife en Brasil, fue acusado más de una vez de ser comunista por su preocupación por los pobres que viven en las favelas de las colinas que rodean la ciudad. Decía: “Si no subo a las colinas y no entro en las favelas para encontrarme con ellos como hermanos y hermanas, bajarán ellos de las colinas a las ciudades con banderas y pistolas”.

“Ve y haz tú lo mismo”. Estas palabras son una invitación a construir una sociedad que aún no existe. Una política cristiana es más que la administración de la sociedad y la regulación de intereses que se hacen la competencia. Una “conciencia cristiana y nuevas responsabilidades de la política” mira siempre al futuro. Supone proyectarse hacia una comunidad

en donde los extraños, los forasteros, los pobres sean verdaderamente nuestros prójimos. Apunta hacia el Reino. Al contrario del comunismo, nosotros cristianos no creemos que podemos construir por nosotros mismos el Reino. El Reino vendrá como un don inmerecido y más allá de lo que imaginamos. Pero nuestra política, al tender hacia la comunión con el otro, abre nuestras manos para recibir ese don. La política se ha definido como “el arte de lo posible”. La política cristiana está marcada por la esperanza de lo que muchos considerarían imposible. Corremos el riesgo de tender hacia una comunión que está más allá de nuestro alcance. La política cristiana es el arte de lo imposible.

En resumidas cuentas, esto significa perder las pequeñas identidades que nos separan a unos de los otros. La parábola nos habla de un viaje que transforma las identidades de los protagonistas. Al hombre atacado por los ladrones se le llama simplemente “un cierto hombre”. No se dice si era judío o samaritano, inglés o italiano. Él es cada uno de nosotros, todo ser humano. Y cuando Jesús pregunta quién llegó a ser el prójimo para el herido, el doctor de la ley no responde: “el samaritano”. Dice solamente: “El que tuvo compasión de él”. También el samaritano ha sido liberado de aquella pequeña identidad de hereje. La historia comienza como una historia de judíos y samaritanos y se convierte en historia de dos seres humanos. Los únicos que mantienen su identidad original son sólo los que pasan de largo, el sacerdote y el levita. Dejan pasar la oportunidad de descubrir un nuevo modo de ser humano. Caminan, pero están inmóviles en su vieja identidad.

Hay que amar al prójimo como a uno mismo. Esto quiere decir mucho más que amar al prójimo tanto como a uno mismo. Se nos invita a amar a nuestro prójimo como parte de nosotros mismos. Amamos a los miembros de nuestra familia como a nosotros mismos, porque son parte de quienes somos nosotros. Somos una carne y sangre. Amar al extranjero como a mí mismo es descubrir una nueva identidad que me transforma. El samaritano ejerce lo que llamamos ‘caridad’, pero en el sentido más antiguo de la palabra ³. Hasta el siglo XVII, al menos en inglés, “caridad” significaba los lazos que nos unen unos a otros como miembros del Cuerpo de Cristo. Después del siglo XVII, con una amplia transformación del modo de entender nuestra humanidad, llegó a significar sobre todo el dinero que damos a los pobres. Dejó de expresar el amor a nuestros hermanos y hermanas, y llegó a expresar la ayuda ofrecida a extranjeros.

A veces, cuando Helder Camara se enteraba de que un pobre hombre había sido arrestado por la policía, telefoneaba y decía: “Me he enterado de que habéis arrestado a mi hermano”. Y la policía mostraba sus disculpas: “Excelencia, ¡qué terrible error! No sabíamos que era su hermano. ¡Lo

soltaremos en seguida!”. Y cuando el arzobispo iba a la comisaría a recoger a aquel hombre, los policías decían: “Pero, Excelencia, este no tiene el mismo apellido que usted”. Y Camara respondía que toda persona pobre era su hermano y hermana.

Por tanto, amar a mi prójimo como a mí mismo es ponerme en camino. El camino nos lleva no sólo desde Jerusalén a Jericó, sino al Reino, donde descubriré quién soy yo. Es un viaje que me libera de todas las pequeñas auto-definiciones, y me configura con Cristo. Como escribe San Juan: “Todavía no ha aparecido lo que seremos, pero sabemos que cuando (Cristo) aparezca, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 2).

¿Cómo atrevernos a emprender este viaje arriesgado hacia el Reino? ¿Tendremos el valor de salir de Jerusalén a Jericó? Podríamos caer en manos de ladrones y ser abandonados medio muertos. Podríamos encontrarnos con un hombre herido, y este encuentro cambiaría nuestras vidas. ¿No es más seguro quedarse en casa? En última instancia, podemos arriesgarnos a emprender “el camino” porque Dios nos ha precedido. Es Dios quien se ha trasladado de Jerusalén a Jericó y podemos seguirle con seguridad.

La parábola nos habla de la transformación de la identidad humana. Pero más profundamente, hay otra historia, también la transformación de la identidad de Dios. Pero, tranquilos. Seré breve.

Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...

Jerusalén es la ciudad santa, el lugar donde Dios mora en el Templo. Pero el viaje nos lleva fuera del Templo, fuera del lugar más santo de la tierra.

El sacerdote va también a Jericó. De hecho, muchas familias sacerdotales vivían en Jericó y, después de haber terminado su turno en el Templo, hacían el mismo recorrido de vuelta a casa. Y cuando ve el cuerpo del herido, pasa de largo. ¿Por qué? No necesariamente porque no tenga corazón. Se describe al herido como “medio muerto”. Se admite generalmente que el sacerdote no podía tocar el cuerpo de esta persona medio muerta porque se habría convertido en un impuro. El Dios de la vida no tiene nada que ver con la muerte, por eso a los sacerdotes del Templo se les prohibía tocar cadáveres. El sacerdote no ve a un hombre que necesita ayuda, sino una amenaza a su santidad. Y el levita, que servía también en el Templo, habría pasado de largo por la misma razón.

El samaritano estaba totalmente alejado de la santidad del Templo. Era hereje y cismático. Los samaritanos incluso habían construido otro Templo. Eran la impureza encarnada. Pero estos gestos de compasión revelan el nuevo lugar en que se revela la santidad de Dios. Hasta es posible que la referencia al vino y al aceite esté aludiendo a los dos elementos usados en los sacrificios del Templo. Todo el texto está impregnado por la frase de Oseas (6, 6): “Misericordia quiero y no sacrificio”. Y el samaritano lleva al hombre a una posada. En griego se usa una palabra sugerente con el significado de “todos bienvenidos”. Los cadáveres no son una amenaza a la verdadera santidad. En realidad, el Dios de la vida puede abrazar a los muertos y darles vida. La cruz es el verdadero Templo donde se manifiesta la gloria de Dios.

Uno de los funerales más conmovedores que he celebrado fue por un hombre llamado Benedict. Murió de sida hacia 1985. Le di la unción de enfermos una hora antes de su muerte y le pregunté si tenía algún deseo especial. Me replicó que deseaba ser enterrado después del funeral en la Catedral de Westminster. Era un tiempo en que se sabía poco del sida y había mucho miedo y prejuicio. Pero las autoridades de la catedral aceptaron su petición. Se colocó el ataúd en el centro de la catedral, en el centro del catolicismo inglés. Fue un bello símbolo de dónde está Dios. Benedict había sido golpeado por una enfermedad terrible, que lleva consigo rechazo, repulsa y miedo. Ahora, en cambio, estaba en el centro de este lugar sagrado, rodeado por sus amigos, muchos de los cuales también tenían el sida. El Dios de la vida se manifiesta cuando los que están al margen se convierten en el centro.

“¿Quién es mi prójimo?”, preguntó el doctor de la ley. Es una cuestión que obsesiona a la Europa de hoy. ¿Qué obligaciones tenemos para con los otros? Hay muchas preguntas difíciles cuya respuesta exige un trabajo arduo. Jesús no nos ofrece una respuesta sencilla. Y nosotros tenemos necesidad de echar mano de los hombres de leyes y de los políticos. Lo que hace la parábola es cambiar el modo de plantear estas preguntas. ¿Cómo puedo yo ser prójimo del hombre herido? ¿Cómo puedo descubrirme a mí mismo con él y por él? ¿Cómo puedo descubrir que Dios está allí? Porque, en definitiva, es Dios el que yace junto al camino, roto y extenuado, esperándome.